

EL DESMINADO HUMANITARIO SALVA VIDAS

por Francisco V. Garonce



Una mañana lluviosa, en los verdes campos de Samaniego, al interior de Colombia, una familia de campesinos comienza un día más de labores. José y Leiden Benavides, padre e hijo, nacidos y criados en aquellas tierras, caminan tranquilamente por la grama para reunir el ganado, sin la menor noción del riesgo que corren, hasta el momento en que los sorprende una gran explosión. Al recuperar el sentido y ver a su hijo caído, con las piernas desgarradas, el hombre afligido, con los ojos llenos de tierra y sangre, corre en busca de socorro, pero su esfuerzo es en vano. El muchacho Leiden, de apenas 11 años, no resiste y muere en los brazos de su padre, que tiene las manos mutiladas. Ese día 8 de febrero de 2008, la familia Benavides pasó a ser parte de una triste estadística que registra anualmente, en Sudamérica y en Centroamérica, más de mil víctimas fatales causadas por las minas antipersonales.

Las minas antipersonales han sido usadas por muchos años por los ejércitos que buscan impedir el paso del enemigo por una zona determinada. El

objetivo de estos artefactos no es el de matar propiamente dicho, sino de mutilar. Cuando un soldado cae víctima de una mina antipersonal, tanto ese soldado como otros más deben salir del frente de combate para dar apoyo al compañero herido, sin mencionar el daño psicológico que causa a la tropa frente al sufrimiento que ese tipo de artefacto suele causar. Según el general Pol Pot, «Las minas constituyen el soldado perfecto, ya que funcionan sin parar, no abandonan su puesto, no comen, no reivindicán y principalmente le quitan las ganas de combatir al enemigo».

En el continente americano, los distintos grupos que disputan el poder por medio de la lucha armada son quienes han distribuido estas minas durante décadas, sin ningún control sobre las zonas en las que usan estos artefactos bélicos. Con el pasar de los años, muchos de los conflictos han sido superados, pero las minas siguen activas, con el mismo poder de destrucción.

La Junta Interamericana de Defensa (JID) es el organismo internacional, con sede en Washington, DC, Estados

Unidos, encargado del trabajo de desminado humanitario en el continente americano. Desde el inicio de los años noventa, esta labor se viene haciendo con la colaboración de distintos países por medio del Programa de Acción Integral Contra Minas Antipersonales de la Organización de los Estados Americanos.

A pesar de que se usa equipo similar y de que la mayoría de las técnicas de desactivación y de seguridad son similares al de desminado militar que se hace durante la guerra, las características de la labor realizada por estos equipos de desminado humanitario son muy diferentes. Según el coronel del ejército brasileño Duizit Brito, actual coordinador del Sector de Desminado de la JID, «El desminado militar tiene como objetivo abrir un estrecho camino en la línea de defensa del enemigo, protegida por minas terrestres, para que puedan pasar los efectivos militares. El desminado humanitario se hace en una larga extensión de tierras, el objetivo es eliminar el riesgo de accidentes con civiles, devolviendo a la comunidad su espacio de trabajo y convivencia».

Brasil ha desempeñado un papel destacado en el Programa de Desminado Humanitario de la JID, al enviar con regularidad, por más de 18 años, equipos de supervisores y monitores altamente capacitados en material bélico y de explosivos para los países que todavía se ven afectados por este problema.

Actualmente, hay 15 militares brasileños en los frentes de trabajo en el Perú, Ecuador y Colombia.

En el caso específico de Colombia, donde la situación es más grave, hasta el día de hoy los grupos insurgentes siguen plantando nuevas minas usando tecnologías modernas importadas por medio del mercado negro, dificultando de esa manera la tarea de ubicación y remoción. El Departamento Nacional de Planificación de Colombia estima que hay más de 50.000 minas antipersonales esparcidas por todo el territorio nacional y hasta abril de 2009, ya habían causado más de 7.500 víctimas.

«La misión de nuestro personal no es la de desactivar minas, puesto que aquella es una atribución de los países que reciben nuestra ayuda. Estamos aquí para capacitar a los militares nacionales, enseñándoles las técnicas de desminado más eficientes, además de hacer control de calidad sobre todo el proceso de forma integral, para certificar las zonas cubiertas, siguiendo lo que disponen las normas de la Organización de las Naciones Unidas, de la JID y del propio país. Solo después de dicha aprobación es que se puede dar el reconocimiento a una zona como zona desminada y libre de minas para que puedan usarla las comunidades» afirma el capitán Anderson da Costa Medeiros, de la marina brasileña, Jefe del Grupo de Monitores Internacionales en Colombia.

La frontera entre Perú y Ecuador, una zona conocida como la «Cordillera del



CORTESÍA DE LA JID [5]

Cóndor», en los Andes, es uno de los lugares más afectados por las minas en Sudamérica, siendo que fueron las fuerzas armadas de los dos países quienes plantaron las minas durante el conflicto el año 1995, en que ambos países reivindicaban la posesión de la región. Se calcula que todavía hay aproximadamente 90.000 minas esparcidas por la frontera. En 1998, los países firmaron un acuerdo de paz y comenzaron un trabajo conjunto de desminado con la coordinación de la JID y hasta la fecha, se han identificado y neutralizado 30.000 minas, aunque todavía hay mucho trabajo por hacer.

Centroamérica también ha sido víctima de los males causados por las minas antipersonales. Como consecuencia del conflicto armado que se libró en Nicaragua durante los años ochenta, se esparcieron minas por todo el territorio nacional, de una forma tan amplia, que



en 1990 la JID delimitó 1020 zonas de peligro que contenían más de 181.000 minas. Los más perjudicados terminan siendo los civiles, especialmente la población humilde queda imposibilitada de mudarse, ya que no tiene acceso a los hospitales y las escuelas, además de imposibilitar la explotación económica de grandes franjas de tierra.

Debido a la dificultad de acceso a terrenos extremadamente accidentados, y a la elevada humedad de la región, además de la falta de



recursos materiales del país, el trabajo de desminado en Nicaragua es la actividad que se lleva a cabo desde hace más tiempo en las Américas. Sin embargo, en el mes de octubre de 2009, durante la reunión del Consejo de Delegados de la JID, los monitores internacionales que trabajan en esa región presentaron un informe en el cual se indicaban grandes avances y que en el año 2010, la JID podrá anunciar al mundo que Centroamérica está libre de minas antipersonales.

organización es la de luchar por la eliminación total de las minas antipersonal». El teniente general José Roberto Machado e Silva, presidente de la JID recordó que «es gracias a la participación de diferentes países por medio del apoyo material, financiero, y principalmente del personal calificado, Centroamérica está ahora libre de minas y millares de hombres y mujeres y niños podrán ejercer el derecho fundamental de vivir con seguridad dentro de su propio país. Seguiremos trabajando para que en poco tiempo el hemisferio esté libre de este mal».

Francisco V. Garonce es un periodista brasileño que trabaja en la Junta Interamericana de Defensa. También está estudiando un programa de postgrado en el Colegio Interamericano de Defensa en Washington, DC.

Recientemente en la ceremonia de clausura del Plan Nacional de Desminado en Nicaragua, el Secretario General de la OEA José Miguel Insulza pudo declarar que Centroamérica es una zona libre de minas antipersonales. Insulza destacó la labor de la Junta Interamericana de Defensa en el programa creado por la OEA para el desminado de la región diciendo que «una de las más grandes y nobles tareas que desarrolla nuestra

